

bres, y mientras Joaquín es dueño de una tienda, y posee un capital que le permite llevar una vida holgada, Miguel se ve obligado á ir diariamente á su trabajo, sin ganar más que cuando empezó, y en peores circunstancias; porque la edad no le permite ya hacer lo que pudo muy bien cuando era joven. ¿Conservan ó no su igualdad? Ciertamente que sí; porque las horas que Miguel pasó entregado al placer, mientras su hermano trabajaba, es justo que éste las goce ahora; y los placeres de Joaquín, son la recompensa natural de aquellos de que antes se privó.

Igualmente podríamos decir de muchos casos: es muy común ver personas que con el mismo salario, las unas viven holgada y decentemente, y las otras, gustándoles las diversiones y los placeres, están siempre empeñadas y en la miseria. La acumulación de bienes como vemos, no es otra cosa que la ley natural de compensación; y si no existiera, la *igualdad* á la que todos y constantemente debemos aspirar, sería una palabra vacía y sin significado alguno.

## CAPÍTULO VIII.

Deberes individuales de las jóvenes: — su desarrollo físico. — Influencia del desarrollo físico de la mujer en la moral. — Instrucción de la mujer desde la niñez: — El trabajo en la mujer.

*Deberes individuales de las jóvenes.* — Al tratar de los deberes individuales, necesariamente nos referimos á ambos sexos; pero las muchas restricciones que las costumbres añejas y perjudiciales, imponen sobre las jóvenes desde su más tierna edad, las creemos de sobrada importancia para ocuparse de ellas en particular.

Respecto del ser físico, como de las facultades intelectuales, existe la misma armonía en los hombres que en las mujeres; y si reconocemos como una necesidad imperiosa cumplir con los deberes individuales de los unos, la razón nos dice que debe suceder igualmente con las otras: lo que es perjudicial para éstas, no puede dejar de ser malo para aquellos.

*Desarrollo físico de las jóvenes.* — La mujer, está como cada ser de la naturaleza destinada á desempeñar una misión especial; y su desarrollo físico, tiene imprescindiblemente que corresponder á ella; y como en los varones, si le quitamos



de un lado, la falta la vemos en el otro. La mujer, de una constitución más débil que la del hombre, está apropiada á su destino; si injustamente se la impide alcanzar las fuerzas que requiere, se la perjudica gravemente; y llega el día en que la falta se hace palpable, sufriendo ella y los que la rodean. Las niñas como los varones, todos manifiestan la necesidad de hacer ejercicio, pero no de igual manera; lo que se ve con la simple observación de dos grupos de niños de diferente sexo, cuando están jugando separadamente y sin intervención de nadie. Los juegos de las niñas, se caracterizan por la suavidad de los movimientos, la manera con que se apartan del peligro, y la poca afición que tienen por acometer una empresa que requiera mucha fuerza. En los niños, vemos todo lo contrario: sus movimientos son rudos, no se detienen ante el peligro, y siempre tratan de buscar entre sus juegos, alguna cosa donde puedan probar cuál es el más fuerte.

La diferencia que existe en la constitución de ambos, la tenemos perfectamente marcada en sus juegos; es decir, en los medios que su propias necesidades les sugieren á cada uno, para obtener el desarrollo físico. No hay que temer que las jóvenes puedan sobreponerse á su constitución, y se hagan más fuertes que los hombres; porque sería absurdo suponer que variaran á su capricho las leyes de la naturaleza. La prueba puede verse en los países pobres, donde las mujeres

hacen muchos de los trabajos rudos del campo: alcanzan un gran desarrollo físico, es cierto; pero si las vemos fuera de esas faenas impropias de su sexo, guiados por un buen juicio comparativo, no echaremos de ver entre ellas más tipos varoniles, que los que podamos encontrar entre las que se crían en los salones: hallaremos tipos más fuertes, más robustos; pero no lo que constituye la mujer *propiamente* llamada varonil.

Así pues, si las jóvenes que por su pobreza tienen que ocuparse en trabajos impropios de su sexo, no adquieren las maneras de los hombres de la clase á que pertenecen, menos las llegarán á tener aquellas que, sólo se ejerciten en los juegos naturales y apropiados; y la que ha de adquirirlas, lo mismo se logra teniéndola encerrada entre cristales, que permitiéndola hacer el ejercicio que bien le plazca.

*Influencia del desarrollo físico de la mujer en la moral.* — La niña que desde su primera edad se ha ejercitado en sus juegos, cuando llega á joven, no toma como obligación hacer la parte de los trabajos que le corresponden en la casa; sino como una necesidad para sostener su actividad y sus fuerzas. Todo lo despacha con presteza; comparte los trabajos con su madre, aumentando por decirlo así el cariño de ésta; cuida de su padre y sus hermanos si los tiene, y todos se sienten agradecidos hacia ella, dispuestos siempre á proporcionarle todo lo que la pueda complacer.



Cuando se casa, si es pobre, acostumbrada á las faenas domésticas, nunca le falta tiempo para poner todo como debe estar; y el desempeño de sus múltiples quehaceres, en vez de hacerla desfallecer, la anima hasta que pronto lo toma por hábito. Su esposo, no tarda en agradecer sus atenciones y cuidados; y ese sólo hecho, basta para sentar las bases más sólidas sobre las que puede fundarse una familia; mucho más, si se tiene en cuenta lo beneficioso del ejercicio para la conservación de la salud. Si es rica no logra un triunfo menor; puesto que no viéndose obligada á desempeñar por sí misma los trabajos materiales, siempre está ideando hacer alguna cosa en obsequio de su marido y de sus hijos; quienes como en la pobre, ven en ella una providencia terrenal.

No sucede lo mismo con la desgraciada joven que, desde su más tierna edad está acostumbrada á ir como sueló decirse, *desde la cama á la mesa*. Rica ó pobre, no puede ocuparse de nada que requiera abandonar la silla, porque no dispone de fuerzas para ello. En el caso de carecer de los medios suficientes para tener una persona que lo haga todo por ella, como es menester desempeñar su obligación, por buena voluntad que tenga, las faenas la rinden hasta el extremo de sentirse enferma. Si como es natural deja muchas cosas por hacer por el excesivo cansancio, la reconvención más cariñosa de su esposo, la toma por un insulto; y es lo más fácil que si

éstas se repiten, le llegue á mirar como á un tirano que, sólo se unió á ella para maltratarla y obligarla á desempeñar los trabajos más rudos y ordinarios. El mal humor producido por la fatiga y la lucha constante con su inhabilidad, la aleja de su esposo y de sus hijos, á quienes algunas veces llega á mirar como pesada carga; y aunque tal pensamiento sólo pase como un relámpago por su imaginación, basta para robarla la felicidad que debe gozar una buena esposa y buena madre.

El resultado en tales condiciones, no es difícil de prever; y la casa, el seno de la familia, en vez de servir de grata reunión llena de cariño y amistad entre todos los que la forman, es un foco de discordia que termina por el alejamiento más horrible, y la ruptura necesaria de los lazos que los unen; dejando muy mal parada por lo general, la virtud de los esposos y los hijos.

Si la joven es rica, el fin quizá es peor: el esposo, no recibiendo las atenciones que merece, porque todo no pueden hacerlo los criados, se aleja, interpretando su inacción por falta de cariño é indiferencia; y si tiene hijos, estos pronto ven que para ellos valen más las criadas que su misma madre. Con la facilidad de comprensión propia de su sexo, ella no tarda en ver el cambio; pero no pudiendo desechar su indolencia para atajar el mal, ó se decide á vivir sufriendo un constante martirio, mil veces más horrible que el de la pobre, por las exigencias de su posi-



ción, ó de otro modo termina igualmente que aquella.

Vemos pues que, si la falta de desarrollo físico de las mujeres, sin haber contado con enfermedades á las que constantemente están expuestas las familias, puede traer tan funestos resultados; todo lo que ellas hagan para obtenerlo, es beneficioso á sí mismas y á la moral social; y si por intervención ajena no lo alcanzan, la persona que es la causa, carga su conciencia con la responsabilidad de echar por tierra la felicidad, no sólo de la mujer sino la de muchos seres.

*Instrucción de la mujer desde la niñez.*—Como consecuencia necesaria de la debilidad física de la mujer, la instrucción en ella, se hace tanto, si no más necesaria que en los hombres. Las dificultades que estos tienen que vencer en la vida por medio de su instrucción, se les presentan también á las mujeres; y más aún, porque en el curso natural de la existencia, se ven obligadas á velar por sí mismas, y más de cerca también por otros seres que han de llamarlas madres. Cuando llega esa época, es su deber guiar el desarrollo físico, intelectual y moral de sus hijos; y sería imposible que, ninguna persona razonable se imaginara la posibilidad de hacerlo, si no cuenta con una vasta instrucción especialmente en fisiología, higiene, economía doméstica, psicología y algunos conocimientos de aritmética y otras materias que, han de servirle de complemento á los mencionados. Si algún ser sobre la tierra, necesita tener

instrucción para hacer frente á todas las contrariedades á que en la vida la expone su sexo, es la mujer; y la falta de conocimientos útiles y necesarios, labra su mayor desgracia; convirtiéndola en esclava y juguete de cuanto la rodea.

La instrucción de las niñas, requiere como en los varones que esté en armonía con su propia naturaleza. Estos, obedeciendo á sus inclinaciones y prefiriendo todo lo que á de proporcionarles la subsistencia y bienestar, eligen los conocimientos de valor real y constante, manifestando tendencias por alguna profesión, arte ú oficio determinado. En las niñas rara vez se manifiestan esas inclinaciones; y si ocurre, es de una manera secundaria. Entre los varones si se reúnen cincuenta, todos difieren probablemente en su elección; si se reúnen otras tantas niñas, lo difícil será encontrar una que se aparte de la sólo idea común á todas.

Cuando observamos un grupo de niñas, á la edad en que las erróneas fórmulas sociales no se han impuesto todavía sobre sus naturales tendencias; si no tienen juguetes con que entretenerse, en seguida se ponen á buscar trapos y algún palo ú otro objeto cualquiera, para vestirlo y hacer de él su *niñito*. Cuando lo han arreglado lo mejor posible, hablan con él, lo acarician y lo reprenden; le dan de comer para que no tenga hambre y medicina porque se siente enfermo; finalmente lo acuestan, arropan bien y velan so-



lícitas para que nadie interrumpa el sueño del ser imaginario bajo su cuidado.

La naturaleza no podría manifestar de una manera más expresiva la necesidad que tenemos de instruir á la mujer, ni tampoco el curso que se debe seguir. Hacen que acarician al muñeco, lo consuelan, aconsejan y reprenden, con lo que claramente demuestran la necesidad del estudio de la *psicología*, imprescindible para el conocimiento de los sentimientos humanos. Lo visten para que no tenga frío, obligan á callar á todos mientras su muñeco duerme, le dan de comer no en demasía, ni cosas malas, para que no le hagan daño; todo lo cual patentiza lo importante que para ellas es el estudio de la *fisiología*, y sus tendencias hacia él. Más tarde, cuando ya durmió, lo lavan, limpian y peinan con esmero, diciendo que los niños han de estar aseados para parecer bonitos y sanos; donde la *higiene* llega á desempeñar su importante papel. Finalmente le cambian los vestidos para salir á paseo, arreglan bien la cuna y se marchan á *tomar el aire*: llegó el turno de la economía doméstica y nuevamente el de la higiene.

Lo que las niñas piden instintivamente, ha de formar la base de su instrucción: la *psicología*, para conocer algo el alma humana; la *fisiología*, que la ha de familiarizar con las necesidades del organismo; la *higiene* con la que procurará la conservación de la salud; y la *economía doméstica*, para el buen arreglo de la casa.

Cuando la joven llega á adquirir los conocimientos necesarios de esas materias, familiarizada con algunas de las leyes de la naturaleza, observa su orden invariable, y ve que la transgresión á ellas, trae un castigo ineludible. Tal convicción, la induce insensiblemente á amar el orden y la exactitud, y la convierte en una persona observadora y prudente. Entonces, confiada en sí misma, trata á la vez de continuar su instrucción, ocuparse también algo de lo bello: la pintura, la música, las letras y las lenguas. En todo cuanto ejecuta, imprime el sello del buen gusto, la armonía, en una palabra, imita á la naturaleza que ha estudiado, y como sabe que la belleza tiene que obedecer también á ciertas leyes, somete á ellas sus trabajos de adorno, y en ese complemento alcanza el mayor éxito.

Por fin llega el momento de cambiar de estado, y pone en práctica todos sus conocimientos para hacer feliz á su esposo; porque convencida de que si él no lo es, tampoco puede serlo ella, no pierde momento en procurarlo y previene á tiempo lo que pueda formarle una barrera en su camino. Si tiene hijos, estudia sus inclinaciones, se hace amar de ellos con ternura sin igual, y con ese apoyo invencible, guía á todos por el camino de la virtud. Las niñas que comienzan á instruirse de ese modo, y continúan gradualmente hasta que llegan á ser mujeres, además de cumplir con un deber tan imperioso, logran alcanzar la verdadera felicidad de la mujer sobre la tierra; la de



ser ángeles tutelares de toda su familia, y objeto de respeto y admiración de los extraños.

Los efectos de la ignorancia en la mujer, no pueden calcularse; porque se extienden sobre todo aquello que directa, ó indirectamente se relaciona con ella. De soltera, su madre, padre y hermanos, tienen que guiarla en el mundo como á desgraciado ciego, que no sabe por donde ni hacia que lado camina. Si llega á tomar estado, será lo más probable que sus desaciertos den lugar á constantes desavenencias con su esposo; y si tiene hijos, los infelices crecen como el árbol silvestre, sin tener á nadie que les proteja, y viven, ó mueren, como los animales; puesto que si su madre no mira por ellos, los demás en la mayor parte de los casos, no pueden hacerlo; por carecer de autoridad unas veces, por ignorar los hechos otras. Siendo tan trascendental la instrucción de la mujer, es un deber tanto por su parte, como por la de aquellos que puedan influir en ella, mirarlo con la mayor solicitud; y no han de ahorrarse sacrificios para alcanzar ese fin, de cuyos beneficios han de disfrutar ella, sus padres, su esposo, sus hijos y la sociedad en general.

*El trabajo en la mujer.*—Al tratar del trabajo, vimos que era una ley universal; y por lo mismo, no podríamos concebir que la mujer en cualquier estado, ó posición, pudiera eximirse del cumplimiento de ese deber. Sin embargo, es prudente ver la manera y circunstancias en que ésta debe trabajar, y cuál ha de ser su trabajo. Los hom-

bres todos deben de trabajar para lograr su independencia, y obedeciendo á los fines de la naturaleza, formar y sostener una familia. La mujer siguiendo el mismo camino, siempre tiene que ver á la corta ó á la larga que, una familia debe ser creada, atendida y cuidada por ella.

Si con toda probabilidad ha de ocurrir de ese modo, es un deber imperioso en la joven, familiarizarse con los trabajos domésticos, los que forman un deber de las jóvenes pobres, y también de las que sus padres tienen fortuna. Las primeras, porque ciertamente se verán obligadas á hacerlo; las segundas, porque no se puede mandar sin saber, ni mucho menos inspeccionar; eso en primer lugar, y en segundo, porque si pierde la fortuna, y desconoce lo referente á los trabajos domésticos, su desgracia es inevitable; mientras que del otro modo, puede llegar á ser tanto ó más feliz, que cuando gozaba de las riquezas.

Hay también profesiones á las que pueden dedicarse las jóvenes y sufragar sus propios gastos, ayudar á su familia si son pobres, ó formar un fondo para hacer uso de él en circunstancias difíciles. Esto es muy laudable, y es un complemento valiosísimo para sostener la moral; pero si la mujer se dedica á una profesión, arte, ú oficio, antes de poder desempeñar los quehaceres de casa; en vez de tender á un buen fin, será todo lo contrario. La mujer que se acostumbra á ganar el jornal, si no se le enseñaron los trabajos domésticos, los ve como degradantes; y apartándose



de su propia condición, renuncia á formar una familia, con lo que se condena á pasar una vida exenta de los sentimientos más sublimes del ser humano, ó de lo contrario, á falta de una constancia y resignación á toda prueba, tendrá que sufrir cuando se vea obligada á responder á los quehaceres de su casa.

Así pues, debe atenderse con especial cuidado por las jóvenes la manera de cumplir el deber del trabajo; no siendo fácil comprender que, con esta inclinación, puedan bajo ningún concepto si no es por ignorancia, buscar con su ocupación su desgracia, en vez de la felicidad á que instintivamente aspira todo ser racional.

## CAPÍTULO IX.

### LA FAMILIA.

*La sociedad.*—su origen.—¿Tiene el hombre deberes sociales?—

*La familia.*—El matrimonio.—Matrimonio por amor:—por conveniencia:—por amor y conveniencia:—por conveniencia de una parte.—Deberes de los esposos:—del marido:—de la esposa.

*La sociedad.*—La geología, con sus descubrimientos, ha demostrado el carácter sociable del hombre; no dejando ninguna duda de ello las exploraciones hechas en algunas cuevas, las cuales han revelado claramente que, los seres humanos de los tiempos primitivos, vivieron en sociedades de más ó menos importancia. En las cavernas de Lieja, Kent, Gailenrenth, y otras, se han encontrado esqueletos humanos, utensilios de pedernal, y variedades de objetos, sin duda, pertenecientes á una reunión de individuos. Sería imposible hacer un cálculo aproximado sobre la antigüedad de esos restos del hombre primitivo; pero los geólogos más eminentes de nuestros días, la hacen ascender, á por lo menos veinte mil años. Las viviendas lacustres, cuyos restos se encontraron en los lagos de Suiza, y los “montones de